

OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL

JESUCRISTO

SOLEDAD Y COMPAÑÍA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2016

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2016
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1934-9
Depósito legal: S. 225-2016
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
1. LA SOLEDAD DEL HOMBRE	13
2. LA SOLEDAD DE JESÚS COMO PROBLEMA	25
3. LA SOLEDAD Y LA MISIÓN DE JESÚS	57
1. La soledad y compañía originarias	59
2. Soledad, oración, misión	62
3. Soledad metafísica	64
4. FORMAS Y FASES DE LA SOLEDAD DE JESÚS	67
1. La soledad del Hijo encarnado y rechazado	67
2. La soledad del hombre que tiene una misión especial	69
3. La soledad del considerado traidor a su pueblo ..	70
4. La soledad del Mesías transvalorado	71
5. La soledad del decepcionado ante el rechazo	72
6. La soledad del traicionado por los amigos	73
7. La soledad del redentor solitario y solidario	74
8. La soledad del agonizante	82
9. La soledad del muerto crucificado	89
10. La soledad del que descendió al lugar de los muertos	94
11. Soledad, heroísmo, tragedia	100

5. LA SOLEDAD ACOMPAÑADA DE JESÚS	105
1. La soledad habitada	105
2. La compañía que Jesús tuvo en su vida terrena ..	106
3. La compañía permanente del Padre: «Yo no estoy solo»	108
4. El acontecimiento de la resurrección	110
a) La existencia terrena y la existencia glorificada de Jesús	111
b) Los testigos del Resucitado: confesiones de fe, apariciones, sepulcro vacío	113
6. LA COMPAÑÍA DEL RESUCITADO A SU IGLESIA	121
1. Las mediaciones de la compañía de Jesús en su Iglesia	121
a) La Palabra (Evangelio)	122
b) El Espíritu Santo	129
c) La eucaristía	134
d) El apóstol	140
2. La Iglesia, partícipe de la fascinación y extrañeza de Jesús	146
<i>Epílogo: LA COMPAÑÍA Y EL AMOR DE JESÚS</i>	149
<i>Índice de autores</i>	155

PRÓLOGO

El hombre es una suma de pequeñez y de grandeza, que se ve a sí mismo entre dos abismos: por un lado, percibe su miseria, que le recuerda la nada y la muerte, pero a la vez se siente perforado por un anhelo y una nostalgia que le desvelan su capacidad y necesidad de Infinito. Es el eco en sus entrañas de la promesa que Dios le ha hecho al crearlo a su imagen: ofrecerle ser partícipe de su divinidad.

En Jesucristo tenemos cumplida esa promesa y conjugada esa doble dimensión humana. En él se nos ha manifestado la plenitud de Dios, pero no en el fulgor y fuego de su majestad, que nos habría deslumbrado y cegado, sino en la humildad de nuestra carne. La historia y la persona de Cristo se convierten así en el espejo de nuestra identidad.

Jesús, hijo de María, miembro del pueblo judío, viviendo nuestra vida y compartiendo nuestra muerte, ha mostrado la solidaridad entre la majestad santa de Dios y nuestra ambigüedad de pecadores. Por nosotros se ha hecho pobre, vulnerable, paciente hasta la muerte, cuya forma más ignominiosa era en su tiempo la crucifixión. En Jesús, Dios comparte nuestros límites para que nosotros, en nuestra caducidad, compartamos su divinidad. El Nuevo Testamento tiene ante los ojos esa doble figura: la del Eterno dándonosos y la del hombre engrandecido por la condescendencia divina.

Esa plenitud nos ha sido comunicada en nuestra historia y en la índole de nuestra condición humana. Jesús ha compar-

tido todo lo que esta implica. Y una de sus características más determinantes es la soledad. Antes o después, todo ser humano se encuentra situado ante el brocal de ese pozo: puede mirarse en el espejo de su agua y reconocer quién es, o puede ser arrastrado por la llamada del fondo y anegarse en su abismo. La soledad es una posibilidad y una amenaza para el hombre, una necesidad y una tentación. Hay que reconocerla y educarla, asumirla y superarla. Jesús compartió nuestra soledad de mortales: la de los pobres y los marginados, la de las víctimas y la de los traicionados. Jesús padeció y redimió nuestra soledad haciendo de ella una ofrenda suplicante al Padre por todos nosotros. Por eso, a la sombra de su cruz y en la luz de su resurrección ningún hombre está solo. A revivir y repensar la soledad propia del hombre y la específica de Cristo se dedican los capítulos siguientes, que son variaciones, casi repeticiones, de un mismo tema.

Al mismo tiempo que padeció la soledad, Jesús gozó de compañía. Nunca estuvo solo, ni de Dios ni de los hombres. Fue acompañado desde el primer momento de su aparición pública por su familia, por hombres y mujeres, por discípulos cercanos y por amigos lejanos. Pero sobre todo siempre estuvo acompañado por quien le había enviado y encargado la misión: «El Padre siempre está conmigo».

Si sufrió una peculiar soledad, ha engendrado también una forma única de compañía. No ha habido ni un solo momento de la historia en el que Jesús no haya sido recordado con una doble memoria: la de cada creyente y la de la Iglesia. Por medio de la eucaristía, memoria y acción de gracias compartida, Jesús crea la comunidad e institucionaliza su compañía. Ambas han sido consuelo y fortaleza para tantas personas a las que han hecho libres y capaces de levantarse, erguirse y convertirse en anunciadores de la paz del Evangelio.

Con Jesús se ha inaugurado una nueva fase de la historia. En él han brillado el poder y la misericordia, la verdad y el

amor de Dios. Él es el Hijo realizando su filiación divina en nuestra condición humana. Su trayectoria concreta comparte la grandeza y a la vez la pobreza de la vida de cada mortal. Así, viviendo desde dentro nuestro destino, se ha convertido en el iniciador y consumidor de la existencia cristiana.

En Jesucristo, Dios ha compartido la soledad del mundo y del hombre que ha creado, justamente, para ser su compañero. Debilidad y poder del Dios verdadero al que nos unimos uniéndonos a Jesucristo, que ha sido solidario de todo lo que el hombre ha logrado de perfección y ha perpetrado de culpa. Él, que es el Hijo, se ha hecho nuestro hermano para que su destino sea el nuestro, y así nuestra soledad ha quedado habitada por su compañía. Esta nos da la fortaleza y el gozo de andar el camino de la vida peregrinos con él y como él.

Jesucristo nos ha dejado su Evangelio, su Espíritu, su eucaristía y sus apóstoles. Son los principios constituyentes y las fuentes de la vida de la Iglesia. Por medio de ellos, él continúa acompañándonos, sosteniendo y santificando. Son las mediaciones por las que Jesucristo llega a cada hombre en su lugar concreto como principio de verdad y vida, cumpliendo la promesa hecha a sus discípulos en su despedida: «Yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos» (Mt 8, 20).

En este libro nos referimos sólo al lugar que la soledad puede ocupar en la vida del hombre y que de hecho ocupó en la vida de Cristo. Una cierta soledad es una condición necesaria para encontrarnos con nosotros mismos y para objetivar nuestra relación con las cosas y con los demás. Este es el sentido positivo del término. Pero puede ser también una forma patológica de vivir y relacionarse con el prójimo.

La experiencia de esta soledad negativa puede provenir de causas muy diversas y, por ello, adoptar formas muy diferentes en cada persona. Hay la soledad del enfermo, del anciano, del pobre, del excluido, del traicionado, del fracasado

en su proyecto personal, del marginado por los compañeros, del abandonado por el ser querido, del defraudado por los amigos, del que ha perdido la confianza en la vida, en la profesión, en los hombres, en Dios, en sí mismo... Cada una de estas formas de soledad requiere un cuidado específico del propio sujeto y luego el correspondiente tratamiento, si se trata de algo patológico, para identificarla, asumirla y llegar a superarla.

Aquí nos vamos a centrar en la forma en que Cristo vivió la soledad derivada de su circunstancia histórica y de la misión encargada por Dios, pero también del reverso de su existencia: la compañía que recibió y que ofreció. Nadie en la historia ha suscitado tanta compañía como Jesús. Nadie ha sido recordado sin cesar a lo largo de los siglos, ni su nombre ha acompañado en tan gran medida a los humanos como bendición y promesa. Estos le han correspondido haciendo memoria de él en todo tiempo y lugar, creando en su nombre *comunión* y *comunidades* entre ellos.

La Iglesia es resultado de la compañía que Dios ha ofrecido a los hombres por la encarnación de su Hijo y la donación del Espíritu Santo. Ella debe ser un hogar de encuentro, comunicación y alegría. Su misión, como la de Jesús mismo camino de Emaús, es acompañar a las personas haciéndoles posible vivir la comunión con Dios y ahuyentar aquella soledad que es enemiga del hombre.